

El espacio y mi madre

Rafael Arráiz Lucca

Universidad del Rosario, Bogotá - Colombia. Universidad Metropolitana, Caracas -Venezuela
Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua

Corría el año 2011 y vivía en Bogotá. En una tertulia de amantes de la historia y la literatura conocí a una doctora que trabajaba la medicina alopática y la homeopática. Además, urdía la técnica de las regresiones. No había tenido esta experiencia, de tal modo que me decidí a vivirla. No se trata de una variante de la hipnosis, ni de alguna forma de suspensión temporal de la conciencia. Lo que la doctora lograba hablándome al oído, casi susurrándome, era llevarme a un estado de semi-vigilia en el que me acunaba en una suerte de inenarrable ensoñación. Lo recuerdo con una nitidez que me asombra.

Me llevó con sus palabras al vientre materno y comencé a sentir con una plenitud sorprendente la vida con mi madre, en el líquido amniótico, en medio de la mayor placidez que pueda sentirse. Súbitamente supe que aquello era el bienestar, la plenitud. Pero de pronto, el espacio comenzó a hacerse estrecho, tanto que mis ojos y mi nariz estaban pegados al envés de su piel, y veía al trasluz lo que ocurría afuera, y escuchaba lo que decían mi madre y quienes estaban con ella en las circunstancias que fuesen.

Comencé a sentirme oprimido, como si me faltase el aire. Quería salir. Entonces, viví la experiencia de mi nacimiento. Pasé por un túnel hacia la luz, supongo que similar al que describen quienes han muerto y vuelven a la vida. Lloré de

alegría. Había salido de un espacio que ya no era suficiente para mí, y fue el mismo en el que conocí la placidez y la serenidad. Era mi espacio. Dejó de serlo. Salí al mundo a buscar otro, a respirar a plenitud. De eso se trata la vida, comprendí. Respirar.

Ese día en Bogotá comprobé que todo ocurría en el espacio. Que éste podía ser nirvana o maya, cielo o infierno, que todo dependía de uno en él, no de él en sí mismo. El espacio puede ser neutro, lo que le da significado es quien lo habita. Lo había advertido Lao Tsé muchas veces en ese libro indispensable para la humanidad que es el *Tao Te Ching*. Allí nos apuntan que la vasija no es la vasija, sino el vacío que ella crea. Ese es el espacio. El vientre de mi madre era tal porque yo estaba allí. Al irme, el vientre de mi madre desapareció como si nada ni nadie lo hubiese habitado. Pero comencé a recordarlo cada vez que me afanaba con sus pezones y un olor que me era familiar.

La vida ocurre en el vacío que se crea entre dos, tres o cinco paredes que acotan y forman la oquedad, o en lo que queda entre los troncos de los árboles del bosque. Además, aquel día en que regresé a mi origen, comprobé que el espacio también se materializaba en mi memoria, en la imagen que surge cuando nos vamos lejos, tanto como del vientre de mi madre, donde todo comenzó para mí, y donde probablemente concluya, sí me es dado el recuerdo y no el olvido.

Me vienen a la memoria los elefantes y los salmones que cuando intuyen la cercanía de la muerte se mueven hacia el lugar de sus nacimientos, que han quedado grabados en sus memorias como un castillo inexpugnable. Quizás busquen la noción del espacio primigenio, ese que yo viví claramente en aquella tarde lluviosa y oscura de Bogotá.

Caracas, 2021.